

hiStoría SOCIAL

FUNDACIÓN INSTITUTO DE HISTORIA SOCIAL • U.N.E.D. VALENCIA

EL ENIGMA PERONISTA: LA LUCHA POR SU INTERPRETACIÓN

César Teach

LA política argentina presume de inclasificable. Esta presunción fue alimentada por sus propios protagonistas, y en especial, por el peronismo. Este habría sido un movimiento único, original, extraordinario, reacio a las clasificaciones y marcos teóricos de las ciencias sociales. Su sedicente singularidad distintiva hunde sus raíces en la narración mitificada de sus orígenes, vinculados a la detención de Perón en octubre de 1945 y cuya descripción esquemática sería la siguiente: “Perón fue liberado por su pueblo movilizado, y en especial, por los descamisados convocados por Evita: así comenzó una nueva era marcada por la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación”. Lejos de ser inclasificable, este mito originario del peronismo repite de modo riguroso todos los elementos de las construcciones fundacionales del populismo. En términos elementales, un pueblo al que no se le reconocen clivajes de clase y un líder taumatúrgico que es portador de una promesa mítica.¹

Ciertamente, el universo intelectual argentino distó de acompañar al mito fundacional. En el terreno literario, la versión más radicalmente antiperonista fue expresada por Jorge Luis Borges, quien en octubre de 1955 –un mes después del derrocamiento de Perón– escribía para la revista *Sur*: “Durante los años de oprobio y de bobería, los métodos de propaganda comercial y de la *litterature pour concierges* fueron aplicados al gobierno de la República. Hubo así dos historias: una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra, de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes”.² En la misma época, Ernesto Sábato ensayaba en una reflexión más indulgente y no exenta de sesgo autocrítico: “La mayor parte de los partidos y de la *inteligentsia*, en vez de intentar una comprensión del problema nacional y de desentrañar lo que en aquel movimiento confuso había de genuino, de inevitable y de justo, nos habíamos entregado al escarnio, a la mofa, al *bon mot* de sociedad. Subesti-

¹ Se ha señalado al respecto que “toda promesa debe ir avalada por una *doctrina* [...]. Pero esto es hojarasca, dorado de píldora. La *doctrina justicialista* es todo lo que sale de la boca de Perón, el *pensamiento de Mao* se reinterpreta y manipula por Mao con plena autoridad [...]. Y ahí reside, precisamente la fuerza del mito: como toda creencia no necesita ser coherente intelectualmente porque es por definición irrefutable”. José Álvarez Junco, “Magia y ética en la retórica política”, en J. Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987, p. 227.

² Jorge Luis Borges, “*L’illusion comique*”, revista *Sur* n° 237, noviembre-diciembre de 1955, Buenos Aires, p. 9.

mación que en absoluto correspondía al hecho real, ya que si en el peronismo había mucho motivo de menosprecio o de burla, había también mucho de histórico y de justiciero”.³

En el plano historiográfico, el afán por encontrar y defender una caracterización global del fenómeno peronista tendió a desplazar la elaboración de reconstrucciones históricas concretas de una época que se percibía como demasiado cercana. En todo caso, la controversia giraba en torno a quienes identificaban al peronismo con una versión argentina del fascismo (José Luis Romero) y aquellos que por el contrario suponían que la inmadurez de las clases sociales argentinas —su burguesía y su clase obrera— había hecho posible la irrupción de un tipo específico de bonapartismo antimperialista (Abelardo Ramos).⁴ El dilema ¿fascismo o bonapartismo? dividió a los historiadores en los años inmediatamente posteriores a la caída de Perón en 1955, pero no dejó huellas perdurables que se tradujesen en investigaciones empíricas específicas. Estas, en cambio, fueron fértiles en el campo de la sociología y nutrieron interpretaciones sobre las bases y apoyaturas sociales del peronismo cuya influencia se extiende hasta nuestros días. En una secuencia algo simplificada se podrían distinguir tres fases. Una de interpretaciones *ortodoxas* inaugurada por Gino Germani en la segunda mitad de los años 1950, otra de interpretaciones *heterodoxas*, desarrollada a partir de los años 1970 por autores como Juan Carlos Portantiero, Peter Smith y Eldon Kenworthy; y una tercera de interpretaciones *extracéntricas*, que a diferencia de las anteriores fueron construidas por una nueva generación de historiadores que comenzó a trabajar a partir de mediados de los '80 en la reconstrucción genética del peronismo en las provincias argentinas. Por cierto, estas últimas tienen un alcance más limitado que los grandes relatos a los que se aferraban los historiadores argentinos que en las décadas de 1950 y de 1960 discutían acerca del fascismo o el bonapartismo. Igualmente, si se las compara con los marcos interpretativos elaborados por los sociólogos. Sin embargo, aportan nuevas miradas, material empírico y claves indispensables para dilucidar el “enigma peronista”.

INTERPRETACIONES ORTODOXAS: GERMANI, DI TELLA, WAISMAN

Una primera familia de interpretaciones del fenómeno peronista tuvo como figura central al sociólogo Gino Germani.⁵ Desde su punto de vista, el peronismo era el producto de una etapa del desarrollo histórico argentino, caracterizada por el tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. Su análisis enfatizaba que el actor social clave de esa etapa de transición habrían sido los “migrantes recientes”, que provenientes de las áreas rurales pasaban a engrosar las filas del nuevo proletariado industrial de Buenos Aires. En su interpretación, esa “población rural trasplantada” al ámbito urbano habría tenido tres características centrales: se trataba de masas sin líderes propios, sin organizaciones

³ Ernesto Sábató, *El otro rostro del peronismo*, S/Ed. Buenos Aires, 1956. Una reproducción parcial reciente de este texto en Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires, 2001, pp. 136-140.

⁴ José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1956, p. 254. Para Romero, se trató de “un régimen personalista, autoritario y encubiertamente fascista”. José L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, AZ, Buenos Aires, 1998, p. 182. En cambio, para Jorge Abelardo Ramos el poder personal de Perón fue ejercido como un árbitro “por encima de las clases en pugna” y con un sentido antimperialista. J. Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Amerindia, Buenos Aires, 1957, pp. 437-439. Un buena reproducción del debate ¿fascismo o bonapartismo? puede encontrarse en el libro de Carlos Fayt, *La naturaleza del peronismo*, Viracocha, Buenos Aires, 1967, pp. 161-211.

⁵ Gino Germani, *Política y Sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1971; “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, en *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 51, Buenos Aires, 1973.

propias y sin valores consolidados. En este último punto, Germani retomaba el concepto de “anomia” –utilizado por Durkheim en sus estudios sobre la sociedad francesa de fines del siglo XIX– para dar cuenta de la desorientación y falta de sentido de pertenencia generados por cambios rápidos, tanto en su dimensión temporal (en el curso de una generación) como espacial (mutación ecológica, migraciones).

Esas masas provenientes del mundo rural, familiarizadas con modos de hacer política caudillistas y paternalistas, fueron designadas por Germani con una expresión que pronto se hizo célebre en los estudios sobre el peronismo. Se trataría de *masas en estado de disponibilidad*, permeables a la oferta de un liderazgo carismático. En otras palabras, presentarían condiciones de recepción favorables –afinidad positiva– a un tipo de liderazgo como el que ofrecía Perón.⁶ Su predisposición cultural a los caudillos habría facilitado al entonces coronel Perón, el uso eficaz de una combinación cuyos principales ingredientes fueron la concesión de ventajas materiales y sucedáneos de participación política. Posteriormente, algunos investigadores norteamericanos como Kalman Silvert o Joane Kirkpatrick, describieron el comportamiento de las masas peronistas apelando a términos como *flocked* o *herded*, usados también para describir la dócil conducta de los rebaños de ovejas.⁷ En rigor, se trataba de versiones simplificadoras del pensamiento de Germani, dado que en su libro *Política y Sociedad en una época de transición* se encargaba de aclarar que pese a su falta de autonomía, las masas tampoco fueron marionetas de Perón. Entre 1945-55 ellas habrían tenido acceso a una experiencia de afirmación de su importancia en la sociedad argentina (reconocimiento social) y de afirmación de sus derechos sociales y laborales. Su capacidad de ganar pleitos en los tribunales de trabajo constituye un buen indicador de este último aspecto.

Emparentada con la propuesta de Germani pero armado de su propio esquema conceptual, Torcuato Di Tella analizó el fenómeno peronista situándolo dentro de lo que él denomina “coaliciones populistas”.⁸ A su juicio, estas se caracterizan por: 1) un tipo de elite; 2) un tipo de participación política; 3) un tipo de liderazgo. Más específicamente, las coaliciones populistas estarían configuradas por una elite anti-statu quo proveniente de los sectores medios o altos, una participación política popular marcada por un alto grado de movilización y un bajo nivel de organización autónoma, y por un liderazgo de tipo carismático.

En la aplicación de este marco conceptual al período de génesis del peronismo, Di Tella identificó –al estudiar la configuración de las elites– dos actores sociales que desarrollaron fuertes coincidencias: los industriales y los militares. ¿En qué consistieron esas coincidencias que confluyeron en la génesis del peronismo? Por una parte los nuevos sectores burgueses que se habían fortalecido en el marco de un proceso de sustitución de importaciones iniciado en torno a 1930 – como los empresarios metalúrgicos o textiles– se sentían aterrorizados ante la posibilidad cierta de la desaparición de la protección automática generada por la segunda guerra mundial. En su percepción, la reapertura de las impor-

⁶ Desde el punto de vista teórico se han asociado las “masas en estado de disponibilidad” de Germani con dos conceptos: el de “disponibilidad” (availability) de Raymond Aron y el de “movilización” formulado por Karl Deutsh. José Enrique Miguens-Frederick Turner, *Racionalidad del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1988, p. 216. Sobre la historicidad del término “masas”, véase Ismael Saz, “Una masa es una masa. O sobre la transmutación del siglo de la democracia en el siglo de las masas”, en *El siglo XX: Balance y perspectivas*, V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universitat de València, 2000, pp. 409-418.

⁷ Sobre esta cuestión, véase Eldon Kenworthy, “Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo”, en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente, *El voto peronista*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980, pp. 216-217.

⁸ Torcuato Di Tella, *Clases sociales y estructuras políticas*, Paidós, Buenos Aires, 1974 y *Sociología de los Procesos Políticos*, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires, 1985.

taciones arruinaría la industria nacional, multiplicaría el desempleo y daría pie a un clima de agitación social. Estas preocupaciones eran compartidas por las Fuerzas Armadas, institución que expresaba también intereses industriales. La fundación de la Fábrica Militar de Aviones (1927) y de la Fábrica Nacional de Aceros (1935) se vinculaba a una óptica que asociaba la industrialización a la Defensa y al desarrollo. Sobre la base de esta confluencia, se habría constituido una elite –en principio de origen militar– que le fue funcional y operó como sustituta de una burguesía industrial tan nueva como inmadura, incapaz de expresarse a través de un partido político propio.

En el análisis de la participación política generada por el peronismo, Di Tella sostuvo que en contraste con modo *asociacionista* –caracterizado por la primacía de la dimensión horizontal de la política– la forma de participación fue *movilizacionista*: masas movilizadas sin mucha experiencia organizativa, vinculada por relaciones jerárquicas y verticales con una elite externa. La participación es tan amplia como controlada: “La inmigración en gran cantidad de mano de obra del campo para las nuevas industrias [...] dio como resultado una clase obrera más fácilmente influible y manejable desde arriba”.⁹ En consonancia con este tipo de participación, el carisma de Perón habría operado como instancia de relación directa entre el líder y sus seguidores.

La estela de las interpretaciones ortodoxas o “germanistas” del fenómeno peronista tuvo su última y más lucida expresión en la tesis doctoral que Carlos Waisman defendió en la Universidad de Harvard en 1976, publicada luego por el Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid.¹⁰ Este autor intentó explicar el fenómeno peronista a través de un análisis comparativo en el que contrastaba tres casos: la Inglaterra Victoriana, la Alemania Imperial y la Argentina Peronista. El punto de partida que tornaba lícita la comparación era la existencia de un problema común a los tres casos, a saber, el de la incorporación de la clase obrera al sistema político. En relación a este problema, la tesis de Waisman indica que en todos ellos hubo estrategias de las elites –acciones políticas marcadas por un alto grado de congruencia entre medios y fines– destinadas a conjurar cualquier peligro para sus intereses. Esas estrategias se asociarían a lo que Stein Rokkan y Gino Germani denominaron “modernización preventiva o conservadora”, vale decir, procesos de extensión de la ciudadanía que son más el resultado de la iniciativa de las élites que fruto de las presiones de los sectores excluidos. Desde este ángulo de preocupaciones, distinguió tres tipos ideales que se corresponden con casos históricos concretos: Inclusión (Inglaterra), Exclusión (Alemania) y Cooptación (Argentina). A diferencia de los anteriores, este último caso alude al fenómeno por el cual los trabajadores no son excluidos sino incluidos en el sistema político, pero como un actor heterónomo –no autónomo– y controlado organizativamente desde el Estado. El mecanismo político a través del cual se realiza la cooptación es un sistema de representación de intereses en el que las organizaciones autorizadas o reconocidas por el Estado tienen el monopolio de la representación a cambio de observar ciertas pautas en la articulación de sus demandas y en la selección de sus dirigentes. De este modo, las asociaciones de interés sectoriales operarían –aunque no de modo exclusivo– como infraestructura institucional del populismo.

Para el caso argentino, Waisman recorre y profundiza el filón interpretativo inaugurado por Germani tomando como punto de partida las consecuencias del desarrollo industrial argentino de la década de 1930, a saber, la irrupción de sectores burgueses vinculados al mercado interno –Miguel Miranda, ministro de Economía de Perón era un fabricante de envases de hojalata y su principal colaborador, Raúl Lagomarsino era un industrial del ves-

⁹ T. Di Tella, *Clases sociales y estructuras políticas*, p. 107.

¹⁰ Carlos H. Waisman, *Modernización y legitimación: la incorporación de la clase obrera al sistema político*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1980.



Funeral del Presidente Perón, 1974

tido— y de una clase obrera nueva proveniente de la periferia tradicional. A su juicio, la mayoría de los obreros de Buenos Aires habría estado compuesta por migrantes recientes. El sistema político tenía que afrontar el reto de integrar a esos sectores y la respuesta a ese desafío la proporcionó el movimiento peronista merced a una combinación de sanciones negativas (restricciones a las libertades públicas) y positivas. Estas últimas podrían dividirse en dos grandes grupos: las vinculadas a la protección legislativa de los trabajadores (sistema jubilatorio, seguridad social, etc.) y las asociadas a la redistribución de la renta (el salario urbano medio pasó de una base 100 en 1943 a 140 en 1947 y a 181 en 1949). Por cierto, esta redistribución era facilitada por la abundante reserva de divisas generada durante la guerra y por la apropiación estatal —a través de los impuestos, la política de cambios y la nacionalización del comercio exterior) de una parte del excedente producido por las exportaciones agrícolas. Estas condiciones hicieron posible el desenvolvimiento exitoso de una estrategia de modernización preventiva: “Los inmigrantes recientes [...] quedaron totalmente impresionados por la concesión de derechos y recompensas por los que no habían luchado y de cuya necesidad probablemente no eran conscientes. Imaginemos el impacto psicológico que medidas tales como las vacaciones pagadas o una paga extraordinaria anual tenían en individuos que, en muchos casos nunca habían disfrutado de vacaciones pagadas o sin pagar, o ni siquiera participado en una relación salarial estable”.¹¹

¹¹ *Ibidem*, p. 80.

En contraste con las precedentes, las interpretaciones conocidas como “heterodoxas” tienen como común denominador destacar el papel de la vieja clase obrera en el proceso de génesis del peronismo. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero distinguieron tres tipos de sindicatos: los *viejos*, fundados con anterioridad a 1930 (como Unión Ferroviaria o Trabajadores del Estado), los *nuevos*, construidos al calor de la industrialización de la década de 1930 (industria eléctrica, químicos, etc.), y los *paralelos*, organizaciones impulsadas por Perón desde el aparato estatal como alternativa a los ya existentes, táctica empleada, principalmente, contra las direcciones socialistas y comunistas. A partir de esta clasificación tripartita, estos autores destacaron —en una obra que impregnó gran parte de los estudios posteriores sobre el tema— la primacía de los viejos sindicatos y sus dirigentes tradicionales en la configuración de la *alianza* entre la clase obrera y la élite política que dio lugar al peronismo.¹² Reforzando este punto de vista, Louise Doyon demostró en su tesis doctoral —defendida en la universidad de Toronto— el protagonismo central en la firma de centenares de convenios colectivos de trabajo entre 1944-45, de viejos sindicatos como los ferroviarios o la propia Federación de Empleados de Comercio quien vio concretada su añeja aspiración al derecho a la jubilación.¹³

Esta importancia del papel de los viejos sindicatos se relaciona con un dato previa: la existencia de una tradición reformista en el movimiento obrero argentino que hacía factible la posibilidad de negociaciones y acuerdos con el Estado. De este modo, se podría pensar que la relación de correspondencia entre la práctica reformista de la clase obrera y el abanico de soluciones implementadas desde el gobierno (salarios, legislación laboral) tornaba viable una alianza como la concebida por Portantiero. En la medida que esa alianza permitía obtener satisfacción a antiguos reclamos, era para los sindicatos una elección racional, es decir, una elección adecuada dentro de las opciones que le ofrecía la realidad política. Desde este punto de vista, en la configuración inicial del peronismo el hecho destacable —en lo referido al movimiento obrero— no fue la heteronomía y la manipulación sino la autonomía: un pacto acordado en términos de acuerdo de intereses.¹⁴ Con relación a esta interpretación, otro reconocido sociólogo argentino, Juan Carlos Torre, ha señalado que el margen de maniobra de los dirigentes sindicales para elegir los términos de la colaboración era más amplio de lo que suponían los enfoques ortodoxos. ¿Por qué? Por el rechazo militante a Perón de amplios sectores de las clases medias. La renuencia del dirigente radical Amadeo Sabattini a negociar con Perón permitiría ilustrar este fenómeno. En consecuencia, el campo sindical era el único en el que Perón podría reclutar adhesiones masivas. De allí, las limitaciones que tenía —en su calidad de titular de la Secretaría de Trabajo y Previsión entre 1944-45— para apelar a la coerción sobre los dirigentes obreros.¹⁵ Por otra parte, esta no era tan necesaria teniendo en cuenta que el sindicalismo buscaba y era receptivo a la protección estatal. Desde esta óptica, el peronismo terminó configurando

¹² Miguel Murmis - Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1984, pp. 120-121. La primera edición fue publicada en 1971.

¹³ Véase Juan C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, pp. 89 y 104.

¹⁴ En su *Sociología de los procesos políticos*, p. 369, Torcuato Di Tella critica a Portantiero en tres puntos: 1) no haber prestado suficiente atención a la represión contra el PC y el PS; 2) pasar por alto la disolución del Partido Laborista instrumentada por Perón; 3) soslayar que los dirigentes sindicales no decidieron de modo autónomo participar en una alianza de clases. Desde su punto de vista, el “hecho estratégico” fue una “combinación de fuerza, persuasión y corrupción”.

¹⁵ Juan C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón*, pp. 96-102.

—en contraste con la experiencia del PRI en México— un Estado, un movimiento y una ideología marcada por el lugar sobresaliente ocupado por los trabajadores, por lo que Perón debió revalidar su liderazgo a través de una renegociación constante de su autoridad sobre las masas obreras.¹⁶ Si en Germani o en Di Tella, lo que primaba era una relación altamente personalizada y carismática entre Perón y las masas, en Portantiero y Juan Carlos Torre la participación de estas fue mediada de modo decisivo por los canales de las organizaciones sindicales. El eje interpretativo se desplaza, así, de la manipulación a una autonomía relativa.

En claves metodológicas distintas —a través del uso intensivo de series estadísticas y técnicas de ecología electoral— otros investigadores como Peter Smith y Eldon Kenworthy relativizaron el papel decisivo de los migrantes internos en los orígenes del peronismo. Este último ha sostenido que aún en el supuesto más optimista para Germani —que todos los migrantes recientes (con una antigüedad no mayor a 10 años en la ciudad) hubieran pertenecido a la clase obrera— sólo un tercio de la clase obrera del Gran Buenos Aires habría estado compuesta por migrantes internos recientes entre 1945-47.¹⁷ En idéntica sintonía se ha sostenido también que la mayor parte de los migrantes internos provenientes de áreas rurales no se insertaron en actividades industriales manufactureras sino en los puestos poco calificados de la actividad terciaria. Si ello es así, habría que prestar más atención al papel político desempeñado por una primera generación de obreros argentinos, hijos de inmigrantes europeos radicados de larga data en la ciudad de Buenos Aires.

INTERPRETACIONES EXTRACÉNTRICAS: EL PERONISMO PERIFÉRICO

En distintas claves analíticas, las interpretaciones precedentes —tanto las denominadas *ortodoxas* como *heterodoxas*— contenían tres aspectos comunes: eran construcciones provenientes del campo de la sociología, tuvieron como principal unidad de análisis a Buenos Aires y centraron su atención —con distintos matices— en los efectos del proceso de industrialización. Esas investigaciones, asumidas en segunda instancia por los historiadores profesionales, dieron lugar a macro interpretaciones en que la realidad de la industrialización convertía al peronismo en una suerte de imagen mimética que era explicada como proyección social de la industrialización misma. Pero ¿cómo explicar el surgimiento del peronismo en un universo económico y social que aún no ha sido marcado por la huella de la industrialización? ¿Cómo hacerlo cuando no es posible apelar a los predilectos caballitos de batalla interpretativos, llámense viejos obreros o migrantes recientes? En otras palabras ¿cómo explicar su exitosa viabilidad en la inmensa mayoría de las provincias argentinas? En las dos últimas décadas del siglo XX, reconstrucciones históricas específicas en distintas provincias han permitido a los historiadores tomar la palabra. Por encima de las peculiaridades de cada caso, esas reconstrucciones del peronismo periférico encierran lecciones comunes. En un universo donde la clase obrera era débil y el fenómeno inmigratorio nulo, *el peso de los factores tradicionales fue central en la configuración del peronismo originario*. Conviene a mi argumentación, exponer algunos análisis de casos que permiten ilustrar este fenómeno. Para ello tomaré en consideración cinco provincias, dos del norte (Salta y Tucumán), una de la zona central del país (Córdoba), una del Litoral (Santa Fe) y otra de la zona cuyana fronteriza con Chile (Mendoza).

¹⁶ *Ibidem*, p. 260.

¹⁷ Eldon Kenworthy, “Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo”, p. 203. Véase también el trabajo de Peter Smith, “Las elecciones de 1946 y las inferencias ecológicas”, en M. Mora y Araujo e I. Llorente, *El voto peronista*, pp. 165-189.

Primer caso: Salta. En la década de 1940 la principal actividad económica de la provincia era la producción de azúcar. Esta era monopolizada por dos figuras patricias, Robustiano Patrón Costas, propietario del ingenio San Martín del Tabacal, y por Lucio Cornejo, dueño del ingenio San Isidro en Campo Santo, departamento Güemes. Este último se convirtió en el primer gobernador peronista de la provincia en 1946. Un testimonio obrero de la época lo retrataba de cuerpo entero: "Todo el departamento de Campo Santo es contrario a la familia que domina esa zona como feudo. En su ingenio, se han perseguido sistemáticamente a las organizaciones obreras. Las autoridades del sindicato han sido compradas con puestos y a los que no se doblaron, como Sosa, fue despedido por 'malos antecedentes' después de seis años de trabajo". "Allí se paga el sueldo miserable de \$3,50, se hace trabajar 9 horas a los obreros y no se cumplió el decreto de aguinaldo y mejoras salariales".¹⁸ El 25 de enero de 1946 el Partido Laborista de Salta, una de las organizaciones constituidas al efecto de apoyar a Perón, organizó un acto de repudio contra Lucio Cornejo –a quien calificaba de enemigo oligarca y candidato azucarero– y amenazó con promover un paro general. Sin embargo, Perón hizo oídos sordos al rechazo obrero y ratificó el apoyo a su candidatura a gobernador de la provincia.¹⁹

Segundo caso: Tucumán. Las investigaciones realizadas por la historiadora Noemí Girbal a partir de balances y memorias de instituciones bancarias estatales, contribuyeron a iluminar un cono de sombra: el significado político del uso del crédito oficial durante el período peronista.²⁰ La documentación permitió constatar la existencia de una línea de créditos preferenciales cuyos principales beneficiarios fueron los magnates del azúcar. Estos recibían préstamos con un interés anual aproximado del 4% cuando la tasa ordinaria era de alrededor del 7%.²¹ Esta política de subsidios encubiertos se relacionaba con la política social del peronismo. Las mejoras salariales obtenidas por los trabajadores de los ingenios no eran financiadas por los grandes propietarios azucareros sino por el propio Estado. Un ejemplo es ilustrativo: en septiembre de 1952 se aprobó una mejora salarial superior al 30%. Al mes siguiente, el decreto 8192 del Poder Ejecutivo Nacional autorizó al Banco Nación a otorgar una nueva línea de créditos (independiente de los "ordinarios" y de los "especiales") para afrontar el pago del aumento salarial. En palabras de Girbal, más allá del discurso que situaba en el centro de las críticas a la oligarquía, era el Estado dirigista y planificador quien se hacía cargo de los costos, auxiliando a "los poderosos azucareros norteos" que lideraban desde fines del siglo XIX importantes sociedades anónimas.

Tercer caso: Córdoba. En mi tesis doctoral se pudo constatar que la mayor parte de los cuadros que integraron tanto los bloques legislativos, elencos de gobierno y direcciones partidarias del peronismo cordobés durante la segunda mitad de la década del '40, provenían de los sectores tradicionales.²² Desde esta perspectiva de análisis, se destacó la importancia de tres vertientes constitutivas. En primer lugar, Acción Católica –organismo que operó como verdadera vanguardia política de la Iglesia– cuya postura se vinculaba a

¹⁸ Azucena Michel - Esther Torino - Rubén Correa, *Crisis conservadora, fractura radical y surgimiento del peronismo en Salta (1943-1946)*, trabajo de investigación realizado en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Salta, 2000, p. 67.

¹⁹ *Ibidem*, p. 69. Cabe añadir que las figuras centrales de las principales fuerzas políticas de Salta (David Torino en el radicalismo, Lucio Cornejo en el peronismo y Patrón Costas en el conservadurismo) pertenecían al mismo sector social: eran terratenientes y formaban parte del patriciado local.

²⁰ Noemí Girbal Blacha, "Economía azucarera tucumana y crédito en tiempos del peronismo (1946-1955). Una historia de conflictos y compensaciones", *Anuario IEHS*, Universidad Nacional del Centro, Tandil, n° 14, 1999, pp. 471-495.

²¹ *Ibidem*, 494.

²² César Teach, *Sabatinismo y Peronismo. Partidos Políticos en Córdoba 1943-1955*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

una traslación mecánica de la situación europea de posguerra a la Argentina: “Si no se quiere la revolución social, habrá que practicar una mayor justicia social. Peor es que por resistirnos a ésta, nos veamos envueltos en aquella”.²³ En segundo término, se comprobó la integración al peronismo de un significativo sector del partido conservador.²⁴ De este modo, numerosos caudillos y caciques de pueblos, educados y fogueados en los viejos modos de hacer política, contribuyeron a incorporar a la emergente identidad colectiva de los argentinos una visión meramente instrumental de la fórmula organizativa partido, poco propensa a la democracia interna y fuertemente permeabilizada por el clericalismo. Así, por ejemplo, un diputado peronista –de origen conservador– justificaba el 14 de julio de 1949 la negativa de su bloque a rendir homenaje a la Revolución Francesa: “Miremos el mundo de la Edad Media, con la enorme fuerza política de la Iglesia, con la primacía de lo espiritual donde el Papa con la excomunión o el entredicho impedía los abusos de la nobleza sobre el pueblo [...]. No tendríamos inconveniente en aceptar un homenaje a la nación francesa que festeja hoy su día nacional, pero a la Francia tradicional, de Juana de Arco, de San Luis [...]”.²⁵ Al año siguiente, otro diputado peronista de extracción conservadora, expresaba: “[...] hay una gran distinción, una profunda diferencia, entre la Edad Media –que es un mundo teocéntrico– y la Edad Moderna que es antropocéntrica [...]. En la Edad Media todo giraba alrededor de la idea de Dios. En cambio, en la Edad Moderna Dios es dejado de lado y nace el concepto de que el hombre es el centro y eje del mundo. Y es así cuando comienzan las desgracias [...] la secuela de desgracias cuyas últimas consecuencias estamos sufriendo nosotros”.²⁶ El culto a valores absolutos tenía como contrapartida una percepción que tendía a equiparar a los partidos con facciones desintegradoras de una esencial unidad orgánica de la nación. La construcción de un partido moderno, democrático y avanzado era un tema ajeno a sus preocupaciones. En parecida sintonía operó la restante gran vertiente constitutiva del peronismo cordobés, que provenía de un sector nacionalista de la Unión Cívica Radical. No en vano, su principal figura –el gobernador Argentino Auchter– ilustraba sus crítica al liberalismo político con citas de Nicolás Berdiaeff. Durante el bienio 1946-47, estos sectores derrotaron –en la lucha interna peronista– a los dirigentes obreros orientados hacia la izquierda que integraban el Partido Laborista.

Cuarto caso: Santa Fe. Las investigaciones realizadas por el historiador Darío Macor en la Universidad Nacional del Litoral, permiten comprobar el papel clave desempeñado por los principales dirigentes de Acción Católica, quienes encontraron en el peronismo “el cauce para seguir dirigiendo a la sociedad”.²⁷ Su presencia fue visible en todos los sectores políticos que decidieron apostar al peronismo: los grupos nacionalistas, los radicales conversos y los cuadros técnicos del incipiente laborismo. Su común denominador fue la defensa de un “solidarismo comunitarista” –noción procesada en el período de entreguerras– poco compatible con los principios del pluralismo y la libertad individual. Esa tradición católica legitimaba el derecho de Perón a hablar en nombre de una “democracia” que era resignificada a partir de una operación intelectual que la separaba del liberalismo. Desde este punto de vista, Waldino Suárez, abogado “estrechamente vinculado a la Iglesia” y primer gobernador peronista de Santa Fe, habría sido en el orden local el máximo correla-

²³ Declaración fechada en mayo de 1945 del Director del Secretariado Arquidiocesano Económico Social de Acción Católica, Enrique Ferreira. *Ibidem*, pp. 86-87.

²⁴ Desde 1931, la sigla empleada por el conservadorismo argentino fue la del Partido Demócrata Nacional.

²⁵ C. Tcach, *Sabattinismo y Peronismo*, pp. 170-171. Se trataba del diputado Óscar Aliaga Argañaraz.

²⁶ Discurso del diputado Novillo Saravia. *Ibidem*.

²⁷ Darío Macor, *Tradiciones políticas e ideológicas en la construcción del peronismo santafecino*, ponencia presentada en las VIII Jornadas Inter Escuelas / Departamentos de Historia, septiembre de 2001, Argentina.

to de la originaria confluencia entre clericalismo y peronismo.²⁸ Esta, empero –como ha advertido el investigador italiano Loris Zanatta (Universidad de Genova)–, no fue sino el corolario de un proceso iniciado en Argentina durante la década de 1930, que convirtió a la Iglesia en eslabón clave de la tentativa de fusión entre nacionalismo y reformismo social: “Frente al peligro de que el liberalismo económico y social liberal empujase a las masas obreras en manos del socialismo y del comunismo, la Iglesia avanzó en la elaboración de una tercera vía católica capaz de integrar a las diferentes clases sociales en el seno de una estructura compuesta de organismos colectivos llamados profesiones organizadas o corporaciones”.²⁹ Asimismo, esa “tercera vía” tenía como núcleo duro la confesionalización del Ejército.³⁰

Quinto caso: Mendoza. Su primer gobernador peronista fue el empresario Faustino Picallo. La debilidad de los sectores obreros en la constitución inicial del peronismo en esa provincia tuvo como dato concluyente la renuncia del Partido Laborista a impulsar un candidato propio en las elecciones de gobernador y vicegobernador de 1946. El binomio peronista fue, exclusivamente, de origen radical. Los laboristas locales –muchos de ellos, choferes de autobuses– fueron incapaces de conseguir el apoyo de Perón, quien decidió respaldar en plenitud a los radicales conversos. Estos –acosados por la tradicional y fuerte competencia de una escisión de su propio partido (Radicalismo Lencinista)– encontraron en Perón la “fórmula perdida” para un rápido acceso al poder político.³¹

En rigor, en las elecciones de 1946 el único lugar del país donde el Partido Laborista pudo imponer su candidato a gobernador fue en provincia de Buenos Aires, donde logró nominar –no a un obrero– sino a un militar amigo de Perón, el coronel Domingo Mercante. Esta debilidad del laborismo en el interior del peronismo era un correlato de la debilidad de la clase obrera en la mayor parte de las provincias argentinas. Pero expresaba también, una decisión estratégica de Perón: contar con el respaldo de actores políticos y sociales poderosos que facilitasen su acceso a la presidencia de la nación. Esa decisión suponía, asimismo, eliminar los riesgos de cualquier suerte de autonomización política de los trabajadores que lo apoyaban: en 1947 el Partido Laborista fue disuelto por el propio Perón.

A tenor de lo expuesto se impone una conclusión: el papel decisivo desempeñado por los factores tradicionales en la constitución del peronismo periférico.

REFLEXIONES PARA UN DEBATE INCONCLUSO

Durante varias décadas, el imaginario colectivo de los argentinos fue poblado por dos lugares comunes. Para unos, el peronismo fue un movimiento popular que tuvo en la oligarquía su “enemigo natural” y en la clase obrera su “columna vertebral”. Para otros, en cambio, fue el resultado de un líder demagógico dotado de un eficaz aparato de propaganda. ¿Cuánto de verdad y de ficción existieron en estas percepciones que dividieron y enfrentaron a la sociedad argentina? En rigor, el peronismo fue en sus orígenes un movi-

²⁸ Sobre la importancia del nacionalismo en los orígenes del peronismo santafecino, véase Darío Macor - Eduardo Iglesias, *El peronismo antes del peronismo*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1997.

²⁹ Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1996, p. 327.

³⁰ No en vano la Memoria del clero castrense del año 1938 señalaba que “el primer cuidado del señor Capellán será cerciorarse de si en las unidades confiadas a su Ministerio hay soldados *infieles*”. *Ibidem*, p. 358 (el destacado es mío).

³¹ Sobre el peronismo en Mendoza he utilizado el trabajo de doctorado de Yamile Álvarez, *En torno a los orígenes del peronismo mendocino*, inédito, Mendoza, 2001.

miento populista y popular que contribuyó a ampliar la ciudadanía social.³² Su pervivencia como *identidad fuerte* –pese a los renovados intentos por disolverla entre 1955-1973–, es tributaria de ese aporte. Por ello, no ha de extrañar que gran parte de los argentinos continúen identificando –a principios del siglo XXI–, al radicalismo con lucha por el sufragio universal y la democracia política y al peronismo con los derechos sociales. De hecho, las interpretaciones académicas que anclando su óptica de análisis en los grandes centros industrializados enfatizaron –con justa razón– el papel de los obreros o migrantes recientes, tendieron a reforzar esa percepción. Sin embargo, la tibieza de fe del peronismo en las virtudes de la democracia política no fue sólo el resultado del estilo de liderazgo ejercido por Perón. La viabilidad de ese estilo tuvo mucho que ver con el peso de los factores tradicionales que estuvieron presentes en la génesis del peronismo: Ejército, Iglesia Católica –en especial Acción Católica– caudillos conservadores, e inclusive –como lo han demostrado las interpretaciones extracéntricas, fracciones oligárquicas provinciales. Su desprecio por los partidos, el sistema de partidos y el pluralismo político estaba en consonancia con las tradiciones previas de estos sectores que abrazaron, en una primera instancia, al movimiento peronista como una fórmula que les permitía conciliarse con el “pueblo”, obtener nuevos espacios de poder y evitar el contagio de los obreros con la amenaza “roja” que se cernía sobre la Europa de posguerra.

³² Sobre la elasticidad en el uso del término populismo, véase Sagrario Torres Ballesteros, “El populismo. Un concepto escurridizo”, en J. Álvarez Junco, *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, pp. 159-180.

hiStoría Social



DOSSIER MERCANTILIZACIÓN DEL OCIO

J. H. Plumb, J. Uria
A. Shubert, S. Salaün
X. Pujadas, C. Santacana

LA PRODUCCIÓN DE TRADICIONES

Eric J. Hobsbawm

HISTORIA INDIA Y ANTROPOLOGÍA JURÍDICA

J. M. Cardesin

41 2001

ESTUDIOS: Eric J. Hobsbawm, *La producción en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914*. José María Cardesín, *Haciendo el indio... bajo la mirada de Occidente: Karl Llewellyn, la historia cheyenne y la constitución de la antropología jurídica*. DOSSIER: LA MERCANTILIZACIÓN DEL OCIO: Jorge Uria, *Presentación. El nacimiento del ocio contemporáneo*. J. H. Plumb, *La mercantilización del ocio en la Inglaterra del siglo XVIII*. Jorge Uria, *Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración española*. Adrian Shubert, *En la vanguardia del ocio mercantilizado de masas: la corrida de toros en España, siglos XVIII y XIX*. Serge Salaün, *La sociabilidad en el teatro (1890-1915)*. Xavier Pujadas y Carles Santacana, *La mercantilización del ocio deportivo en España. El caso del fútbol 1900-1928*